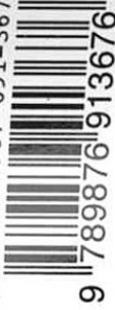


ISBN 978-987-691-367-6



9 789876 913676

Las diversas prácticas juveniles urbanas analizadas en este libro tienen un horizonte común: *hacerse un lugar*. Nos encontramos con personas buscando construir "su lugar" en la ciudad y en la sociedad. Los y las jóvenes se construyen en el espacio social a través de los múltiples encuentros que desarrollan en el cotidiano de la vida urbana. Abrevan tanto de la historia del lugar en el que habitan y los circuitos que recorren, como de la trayectoria histórica de su sector de clase y grupos de pertenencia contemporáneos. El análisis se encuentra organizado por medio de dos conceptos claves: circuitos urbanos y trayectorias biográficas y sociales.

Las investigaciones que dialogan en este libro se produjeron desde una perspectiva cualitativa, principalmente realizando abordaje etnográfico de diversas prácticas juveniles en la ciudad. Así, *Hacerse un lugar* remite al deseo de ser parte, de poder estar en alguna parte.

Mariana Chaves. Antropóloga (UNLP). Doctora en Ciencias Naturales, orientación Antropología (UNLP). Investigadora del Conicet. Profesora titular en UNLP y de posgrado en Untref, UNSL, UBA y UNLP. Directora del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECVS) de la Facultad de Trabajo Social (UNLP). Autora de *Jóvenes, territorios y complicidades* (2010) y coordinadora de *Políticas de infancia y juventud. Producir sujetos, construir Estado* (2013).

Ramiro Segura. Antropólogo (UNLP). Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES). Investigador del Conicet. Miembro del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECVS) de la Facultad de Trabajo Social (UNLP). Profesor de Antropología Social (UNLP) y Antropología Urbana (Idaes-Unsam). Es coeditor de los libros *La vida política en barrios populares de Buenos Aires* (2009) y *Segregación y diferencia en la ciudad* (2013).

Mariana Chaves • Ramiro Segura
editores

HACERSE UN LUGAR

Circuitos y trayectorias juveniles
en ámbitos urbanos

Mariana Chaves • Ramiro Segura editores HACERSE UN LUGAR

Editorial Biblos
Investigaciones y ensayos

Editorial Biblos
Investigaciones y ensayos



Mariana Chaves y Ramiro Segura (editores)

Hacerse un lugar

Circuitos y trayectorias juveniles
en ámbitos urbanos

Pañuelos en rebeldía. Equipo de Educación Popular (<http://panuelosen-rebeldia.com.ar>).

Programa Envión (<http://www.envion.gba.gov.ar/wordpress>).

Roca Negra (<http://proyectorocanegra.wordpress.com/>).

TECHO (<http://www.techo.org>).

Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes

María Celeste Hernández, Josefina Cingolani y Mariana Chaves

Introducción

Un objetivo de nuestros estudios es interpretar los modos de ver, hacer y sentir la ciudad desde el punto de vista de niños, niñas, adolescentes y jóvenes.¹ En trabajos previos, hemos identificado que, en contextos de periferia urbana, el barrio ocupa un lugar central en la organización de la vida cotidiana, donde transcurren tiempos y espacios en un constante ver y ser visto (Chaves, 2009, 2010; Hernández y otros, 2010). Considerando estos resultados, optamos por referirnos al barrio como un espacio denso, que intensifica las relaciones entre las personas que lo habitan, y cuya densidad es mayor aun si consideramos que a muchas de ellas les alcanzan los dedos de las manos para contar las veces que “salieron del barrio” o fueron “al centro”.

Para este capítulo, hemos decidido poner en diálogo datos contruidos en las experiencias individuales de investigación en un mismo barrio de la ciudad de La Plata, que se ubica en la zona sur del partido, por fuera del Casco fundacional. La discusión se organiza en dos ejes: la espacialidad de nuestros actores desde la intersección clase, edad, género y territorio, y la construcción de las edades a través de la regulación del uso del tiempo, el espacio y el cuerpo. Para ello, desarrollamos una mirada etnográfica *de cerca y de dentro* (Magnani, 2002), problematizando los modos de habitar y enfocada en la dimensión etaria. El trabajo de campo estuvo centrado sólo en los niños, los jóvenes y las familias que viven en condiciones de pobreza en el barrio.

El texto se organiza en cinco secciones, además de esta introducción. En la primera, se describe con más detalle el barrio,

1. Para abreviar, se utilizará la sigla NNAyJ.

discutiendo desde la experiencia etnográfica el carácter homogéneo que suele adscribirse a la periferia y ciertas imágenes sobre las formas espaciales de la pobreza. En la segunda, se profundiza en la cotidianidad de niños, niñas y jóvenes para comprender los tiempos, los espacios y los circuitos que usan y construyen. Desde su perspectiva, se erige también la tercera parte del capítulo, donde analizamos regulaciones del espacio al interior de la casa. Necesariamente atentos a la interseccionalidad que ubica socialmente a las personas, en el apartado se reflexiona sobre las relaciones entre los clivajes de edad, género y clase social que moldean la espacialidad de las personas y, con ella, las prácticas y las relaciones que el espacio propicia y limita. La cuarta sección está enfocada en los permisos y las transgresiones para estudiar dos maneras en que el tiempo y el espacio participan en la construcción de la alteridad etaria. Cerrando el capítulo, en la quinta sección, se trabaja sobre las formas de socialización que el espacio con edades habilita, y las relaciones que se forjan en este proceso donde infancias y juventudes pueden ser negociadas.

Espacios heterogéneos

En 2010, un investigador francés vino a un congreso en la ciudad de Buenos Aires; nos habíamos conocido en un viaje anterior, y ahora quería visitar La Plata. Deseaba conocer el lugar de nuestras investigaciones, del que le habíamos hablado como espacio de nuestro trabajo de campo con niños, adolescentes y jóvenes en condiciones de pobreza. Lo buscamos en la terminal de ómnibus local —él venía de Buenos Aires—, y fuimos en auto hasta el barrio. En el trayecto, dejamos atrás la simetría que ordena la cuadrícula fundacional de la ciudad para ir entrando en zonas donde el proceso de suburbanización no se ajustó a los parámetros higienistas de sus planificadores. Esta diferencia pone en evidencia la estructuración desigual de la ciudad señalada en muchas ocasiones por los habitantes como “el adentro” o “el afuera” de la ciudad (Segura, 2010).

Llegamos al barrio y empezamos a caminar. Hacía mucho calor. “No es como me lo imaginaba”, dijo.² “No es un barrio pobre”,

2. Adoptamos como formato de estilo las comillas para palabras textuales de entrevistados o conversaciones de campo, y las cursivas para términos de referencia científica que queremos resaltar.

agregó cuando íbamos por la tercera cuadra andando por la calle sin veredas. “¿Qué imaginabas?”, le preguntamos. “Una villa”, dijo, dejando a la vista una *estereotipación* común sobre la pobreza en Latinoamérica (Hall, 1997); y comenzó a enumerar las características que construyen esa representación: “casas apiñadas, pasillos, madera, chapas, superpoblación, hacinamiento”. “En este barrio hay pobres, pero no es una villa. No todos los pobres viven en villas o asentamientos”, le explicábamos para cuestionar la *tipificación estereotipada* que de la pobreza en Argentina tienen en otros lugares —y, a veces, también acá—, mientras seguimos avanzando por las calles de tierra bordeadas de zanjas con agua estancada.

Si el espacio físico se superpone de manera *turbia* (Bourdieu, 1999) con el espacio social, el barrio ejemplifica este carácter cada vez que las distancias sociales no se corresponden con estar lejos físicamente. La trama urbana encontrada ha permitido poner en duda el lugar de los estereotipos clasificadores de la pobreza que producen otredades absolutas y geografías homogéneas; por ejemplo, la villa (Hall, 1997). Que el espacio físico y el social no se articulen de manera plena y transparente en términos de homogeneidad habilita los calificativos heterogéneo y desigual para describir el barrio desde una perspectiva sociourbana. Un ejemplo es la diversidad en términos de construcción y habitabilidad que pueden observarse en una misma cuadra (diferencia en los tipos de materiales utilizados, en la disponibilidad y la calidad de servicios, entre otros elementos).

El barrio forma parte de la delegación municipal Villa Elvira, una de las 18 que conforman el partido de La Plata. Luego del Casco, Villa Elvira es el Centro Comunal que aloja la mayor cantidad de habitantes según el Censo Nacional de Población y Vivienda, que para 2001 contaba 59.476 habitantes.³ Esta delegación es uno de los casos que permite ver la expansión paulatina de la urbanización por

3. Datos elaborados por la Dirección de Estadística y Evaluación de Programas Especiales, Municipalidad de La Plata. A partir del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda 2001 (<http://www.estadistica.laplata.gov.ar/paginas/PUBLICACIONES/CONSORCIO.pdf>) (fecha de consulta: 7 de noviembre de 2012). A la fecha de escritura del capítulo, siguen sin estar disponibles los datos del censo 2010 desagregados por delegación municipal, que permitirán actualizar y contrastar tal información. Si se encuentran disponibles los datos generales por partido, que muestran a nivel municipio un incremento de población del 2001 en 574.369 a 2010 en 654.324 habitantes (Ministerio de Economía de la provincia de Buenos Aires: <http://www.ec.gba.gov.ar/Estadistica/pobuvob2.html>, fecha de consulta: 7 de noviembre de 2012).

fuera del Casco fundacional hacia el sudeste, por avance sobre zonas rurales. Los índices socioeconómicos para el conjunto del centro comunal muestran un panorama de peores condiciones que el del Casco fundacional, y por debajo del promedio del partido. Si consideramos como indicador las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), en Villa Elvira, de los 16.418 hogares, 13.955 no presentan NBI, mientras que sí aparecen en 2.464. En términos porcentuales, hay necesidades insatisfechas en el 17,1% de su población, cifra que se encuentra por encima del promedio del partido (12,8%), y que en el Casco desciende a 2,1%. Cuando se mide la pobreza por el índice de Privación Material de los Hogares, el 63,9% no presenta privación, y el 36,1% restante presenta distintos tipos.⁴ Completando esta imagen generalizadora, podemos agregar que un 32,36 % de la población figuraba como ocupada en 2001, de la cual el 40,8% se desempeñaba como obrero o empleado del sector privado, un 36,8% lo hacía en el sector público, y el resto principalmente como trabajadores por cuenta propia. Por último, en cuanto a las estadísticas educativas, el panorama de aquel momento daba cuenta de que el 34,5% de sus habitantes asistían a establecimientos educativos, mientras que la población que no asistía se dividía en dos: por un lado, el porcentaje de habitantes que concurrían a la escuela y habían dejado de hacerlo (61,2%), y por otro, aquellos que nunca habían asistido (4,3%).

La inclusión de estos datos puede colaborar para construir un panorama general, siempre y cuando tengamos presentes los parámetros para la comparación. Para nuestro interés, el problema de esta información es que su lectura no permite ahondar en las

características propias del barrio en estudio. No sólo porque no hay desagregación por barrio dentro de las cifras por delegación, sino además porque estos números homogeneizan las diferencias y las desigualdades internas de la delegación municipal a partir de la construcción de promedios entre habitantes con vidas disímiles. No se han construido datos estadísticos para el barrio, no lo hemos hecho en nuestra investigación, y localmente, como dijimos, las estadísticas sólo se desagregan hasta la escala de delegación. De todos modos, creemos que algunos datos, como decíamos, si bien no son específicos, son útiles para caracterizar Villa Elvira en comparación con el contexto de la región y dar cuenta de las desigualdades que se presentan en el partido.

Para observar de qué manera se distribuyen los datos al interior de la zona, se hace necesario *andar por el barrio*. En ese andar, transitaremos calles de asfalto y de tierra que se entrecruzan, y veremos algunos predios baldíos –cada vez menos–, lo que pone en evidencia que el espacio construido no está totalmente consolidado. Como indicamos previamente, en una misma cuadra podemos encontrar consecutivamente viviendas de materiales costosos con paredes de mampostería y techos de chapas, con otras más inestables: construcciones de madera sin baldosas en los pisos y con cubierta de cartón o zinc (“casillas”). Casas de una sola pieza junto a chalets de tres habitaciones. Unas con baño completo adentro de la vivienda, otras con solo un retrete, y varias con el baño fuera de la casa. La infraestructura de servicios se distribuye sin planificación previa desde las empresas o el Estado, generando una imagen de aleatoriedad en su disponibilidad. El tipo de acceso puede estar determinado por el pago o no, y la calidad de los servicios puede ser diferencial si se trata de conexiones registradas o no registradas (agua, electricidad, televisión por cable).

Andar por el barrio nos permitió identificar distribuciones de posiciones desiguales y ubicar a las personas en el espacio social. La reflexión sobre aquellas manzanas donde, separadas sólo por algunos metros, se ubican familias socialmente distantes se ilumina con los planteos de Gutiérrez (2007), quien, desde una perspectiva relacional para el análisis de la pobreza, reconoce que el valor que adquieren los capitales en cada caso, lejos de tomarse como esencia, existen y deben considerarse desde su importancia en un contexto estructural determinado. Retomando su propuesta, indagamos sobre los habitantes del barrio en relación con los capitales que poseen (sociales,

4. Los hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas son aquellos que presentan al menos uno de los siguientes indicadores de privación: a. hacinamiento (hogares que tuvieran más de tres personas por cuarto); b. hogares en una vivienda de tipo inconveniente (pieza de inquilinato, vivienda precaria u otro tipo, lo que excluye casa, departamento y rancho); c. hogares que no tuvieran ningún tipo de retrete; d. hogares que tuvieran algún niño en edad escolar (6 a 12 años) que no asistiera a la escuela; e. hogares que tuvieran cuatro o más personas por miembro ocupado y, además, cuyo jefe no haya completado tercer grado de escolaridad primaria. Según metodología utilizada en “La pobreza en la Argentina” (Serie Estudios INDEC, N° 1, Buenos Aires, 1984).

5. Distribuidos en 16,1% de recursos corrientes (se asocia con la insuficiencia del flujo monetario que sirve para cubrir necesidades de consumo inmediato; como aproximación, se utiliza la capacidad económica de los hogares); 10,1% patrimonial (se asocia con la imposibilidad de acumular capital físico o humano; como aproximación, se utilizan las condiciones habitacionales), y 9,9% convergente (la simultaneidad de las anteriores en un mismo hogar).

económicos, culturales y simbólicos). Por ejemplo, en relación con la escolaridad (capital cultural), algunos jóvenes y adultos tienen estudios universitarios, mientras otros sólo cursaron algunos años en la escuela primaria. Hay familias que pertenecen a sectores medios, o son el resultado de procesos de descenso social, hoy empobrecidos respecto del pasado familiar, y otras que han mejorado su calidad de vida porque antes la pobreza era mayor. Las trayectorias de vida familiares, así como las relaciones sociales que establecen sus miembros por trabajar, pasar por determinadas instituciones, mantener relaciones de amistad o de parentesco, moldean el capital social.⁶ La posición social de los grupos familiares y las personas con que trabajamos debe pensarse también en relación con otros clivajes que emergieron con relevancia, como el género, la edad y la nacionalidad.

El capital económico de los habitantes se relaciona con sus puestos de trabajo, que en algunos casos son registrados y permanentes, mientras que en otros se trata de trabajos irregulares y, en general, del tipo no registrado. Hay casos en que los habitantes son propietarios de los terrenos y viviendas mientras que en otros no, y se encuentran en condición de inquilinos, ocupantes o a préstamo, tanto del terreno como de la casa. La disponibilidad de terrenos, y la posibilidad de adquirir o alquilar viviendas a bajo costo, han propiciado el traslado de personas vinculadas entre sí por lazos de parentesco o lugar de origen, haciendo que los vecinos sean, además –en muchos casos–, integrantes de un mismo grupo familiar o provenientes de una misma región.

“Somos pobres, pobres, así que no tenemos ni un peso”, explicó Juliana (16 años),⁷ una de las chicas del barrio. Ésta es una percepción de la ubicación del sujeto en un sistema que arma posiciones diferenciales según el dinero que se posee. La autopercepción de la condición de pobreza y el lugar donde se ubican en relación con otros se habilita por la experiencia de la desigualdad, de la diferencia

conocida de cómo es la vida de otros y de cómo fue/es/podría ser la vida propia si se tuviera, por ejemplo, más dinero.

El desencuentro entre la percepción espacial de la pobreza del colega francés con la nuestra y la de Juliana nos sirve como ejemplo para mostrar que las representaciones sobre las posiciones sociales suelen incluir una imagen de determinada forma espacial. En el caso de la pobreza en la Argentina, se estereotipa, por ejemplo, en las unidades residenciales del tipo villa. En este estereotipo, la condición de pobreza es acompañada por una determinada *espacialidad*,⁸ es decir, se asocia con una serie de suposiciones sobre la organización del espacio, los usos y los *modos de habitarlo*.⁹ No desconocemos las condiciones materiales de los lugares de residencia, pero el intento analítico es poner en diálogo ese conocimiento, generalmente definido desde “fuera” del barrio, con un punto de vista nativo. Esto implica tener en cuenta las miradas, los deseos y los pesares de las personas que allí viven, así como su definición de las condiciones de vida y su espacialidad.

Andar por el barrio

Reunidos en la esquina, frente a la escuela, nos mira un grupo de chicos conocidos. Desde la verdulería, saluda la tía de Rocío, y luego nos cruzamos con dos de sus hijos que llevan una jarra de plástico en dirección a su casa. Llegando a la entrada del pasillo, sorteando las chapas ubicadas sobre el suelo embarrado por las lluvias de los últimos días, una de nosotras entra con intención de visitar a una de las familias con las que hacemos trabajo etnográfico. Nos encontramos con Rocío (10 años), que había ido a la escuela a la mañana, y ahora salía apurada a buscar a su hermano menor. La jornada en la “casa de los bebés”,¹⁰ donde el pequeño asiste diariamente, ya

8. Trabajaremos con la noción de espacialidad en el sentido en que la utilizan Alicia Lindón (2005, 2006) y Sherry Ortner (2005).

9. Como categoría analítica, *modos de habitar* está retomada del trabajo de Michel de Certeau (2000).

10. En lo que se conoce como Barrio Aeropuerto (B.A.), se ubican tres emprendimientos sociales de una organización social que trabaja con niños, adolescentes y jóvenes desde hace más de 25 años, contribuyendo a achicar la brecha en la efectivización de derechos de los chicos y las chicas, y así mejorar las condiciones de vida de ellos y sus familias, según su fundamentación. La organización se compone de un hogar convivencial,

6. Según Gutiérrez, “de la gama de recursos posibles, el capital social aparece como uno de los más importantes a la hora de analizar situaciones de pobreza” (2007: 21).

7. Se coloca la edad biológico-cronológica como dato que pueda servir para un ejercicio comparativo con las concepciones hegemónicas sobre los grados de edad que pueda atravesar al lector. No hay correspondencia universal entre este dato de paso del tiempo y la biología, con las experiencias de la edad o el procesamiento social de la edad. Un abordaje antropológico, por lo tanto, requiere problematizar estos datos para ahondar en el carácter socialmente construido de la niñez y la juventud (James, Jenks y Prout, 1998).

había finalizado y a Rocío, por mirar televisión, se le había hecho tarde para ir a retirarlo. Iba preocupada pensando que su mamá la retaría si volvía de trabajar y se enteraba de que se había demorado tanto en buscarlo. Ofrecimos acompañarla y salimos hacia la calle, esquivando nuevamente los charcos de agua del pasillo.

Sentada sobre un banco en la vereda de la casa de adelante, estaba Diana (11 años), con su hermano bebé en la falda. Junto a ella, jugaban a las bolitas dos de sus hermanos y otros niños que viven del otro lado de la calle. Al vernos, preguntaron dónde íbamos, y tras la respuesta de Rocío, seguimos ligero nuestro camino. En la esquina, nos encontramos con Romina (11 años), que venía caminando en el sentido opuesto, ya había cumplido con la tarea asignada, y regresaba a su casa con su hermana pequeña de la mano. Después, Rocío saludó a una señora mayor que tomaba mate junto al cerco de su vivienda: "Le dicen la abuela, a veces nos regala cosas cuando le hacemos los mandados", explicó. Al llegar a la "casita", entró a buscar a su hermano. Leandro (2 años) salió descalzo con las zapatillas en una mano y un pedazo de pan en la otra; la mujer que cuidaba la puerta nos hizo un comentario, la saludamos y nos fuimos.

Leandro caminaba unos pasos detrás de nosotros, observando todo lo que pasaba a su alrededor. Se distrajo viendo a un grupo de hombres que volvían a sus casas con ropa de trabajo y, si no fuera por la advertencia de su hermana, que no dejaba de mirarlo, casi se cae

un centro de día y cuatro emprendimientos productivos ubicados en otros barrios, y tres centros de día en el barrio en el que estamos trabajando. Todos estos emprendimientos forman parte del sistema de promoción y protección de derechos de niños, niñas y adolescentes que articula la Subsecretaría de Niñez y Adolescencia del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires, en la implementación de la ley provincial 13.298. Se trata de un sistema donde el Estado terceriza –para decirlo de algún modo– la atención de los chicos en organizaciones sociales o fundaciones, financiando parcialmente el funcionamiento y monitoreando el trabajo. Los centros de día nombrados en este trabajo están ubicados a unas cuadras uno de otro, como ya dijimos, en el mismo barrio. Uno es conocido como "la casa de los bebés", y está destinado a niños desde su nacimiento hasta los 5 años de edad. El otro es "la casita" o "la casa de los niños", donde van los que tienen entre 5 y 12 años. Y finalmente, "la casa joven", donde participan adolescentes y jóvenes a partir de los 13 y hasta los 18 años. A los tres centros, se asiste algunas horas diarias, realizando actividades de recreación y educativas; reciben alimentación y asistencia para la resolución de vínculos con el Estado (trámites, juicios, documentación, salud, entre otras). Los espacios institucionales poseen uno o dos coordinadores y adultos educadores (término empleado por los integrantes de la organización para referirse a los adultos que trabajan con los chicos; posee para ellos un vínculo de sentido con la noción de educador popular).

en una de las zanjales. Permaneció un momento en una montaña de tierra y basura, conversando con algunos hombres. Rocío lo esperó sin prestar mucha atención y, cuando terminó su charla, seguimos caminando. Al llegar al pasillo, nos encontramos con Darío (8 años), otro de los hermanos, que volvía de "la copa de leche",¹¹ haciendo equilibrio con una pesada olla. Al vernos, saludó preguntando si ese día iríamos a la plaza.

En la cuadra donde viven Rocío y sus hermanos, viven muchos niños, pero los vínculos más estrechos los establecen con quienes van a su misma escuela primaria, "la del barrio"; con ellos caminan juntos a los centros de día¹² y se acompañan a buscar la merienda. También son ellos con quienes comparten los espacios públicos cercanos a sus casas, o con quienes entran y salen de ellas. En la misma cuadra, viven más niños, pero su infancia transcurre en espacios diferentes de los de Rocío: no van a las escuelas del barrio, no se aprovisionan de comida en organizaciones, quizá realicen trabajo doméstico, pero no quedan a cargo de sus hermanos, y cuando están en el barrio permanecen dentro de sus casas. "Tienen más plata", explica Juliana, en el marco de aquella conversación sobre los que vivían en el barrio.

"El barrio" puede tener diferentes significados según la posición que el enunciador tiene en la estructura etaria.¹³ Por ejemplo, el barrio como lugar practicado por los niños y las niñas con los que trabajamos es equivalente a "la cuadra"¹⁴ en la escala espacial de los adolescentes y los jóvenes. El "afuera" de la casa se construye como la misma frontera para ambos grupos de edad, pero el "afuera" del barrio es muy distinto, porque –como dijimos– el tamaño y la forma del "barrio" son diferentes para cada grupo. Al mismo tiempo, el "barrio" no denota sólo espacio material, lugares y metros de distancia,

11. Se nombran de este modo acciones colectivas organizadas en los sectores populares que ofrecen alimento en un territorio. Mayormente, están lideradas por mujeres; muchas funcionan en sus propias casas, algunas tienen locales sólo para eso o usan edificios de otras instituciones del barrio (clubes, iglesias). Brindan cualquiera de las comidas del día, en general sólo una, y en los últimos tiempos en modalidad de vianda para llevar a la casa.

12. Ver nota 10 sobre centros de día.

13. Tenemos como referencia las conceptualizaciones de Evans-Pritchard (1977) sobre la relación entre espacio y sociedad, y de Merklen (2005) sobre los múltiples significados que puede adoptar el "barrio".

14. El barrio se organiza, en su mayoría, en cuadrículas de 100 metros aproximadamente cada cuadra.

sino que también nombra un espacio social de pertenencia demarcado por las relaciones que suceden en él: "el barrio es el lugar donde están mis amigos", "es el lugar del que soy y al que defiendo", "es mi familia", "donde juego", y donde puedo ser y estar.

En una vivienda con muchos integrantes, las tareas domésticas son varias; es frecuente que los chicos, y mayormente las chicas, colaboren en la limpieza y se ocupen del cuidado de los más pequeños. El uso del tiempo y del espacio de quienes tienen a su cuidado a los más chicos se debate entre responsabilidades y deseos, y da lugar a tensiones que los cuidadores resuelven, en muchos casos, incorporando a los pequeños a sus actividades. Así, por ejemplo, Carina (8 años) conoce una de las plazas más distantes en la zona porque allí se reúnen sus hermanos adolescentes con sus amigos y, como ella suele quedar a su cuidado, la llevan a donde vayan. La niña contaba que, al llegar, se va a los juegos y se queda ahí con otros chicos, mientras sus hermanos juegan al fútbol o conversan con los demás. Luciano (10 años), en varias oportunidades, fue al centro de la ciudad con su hermano, en el marco de salidas de varones más grandes que a veces se pelean, cosa que él recordaba con orgullo porque participó defendiendo a los del barrio. Estos son ejemplos donde se amplía el espacio de circulación para los niños en compañía de alguien mayor. Esta experiencia del espacio junto a otros puede involucrar a padres y madres, pero en múltiples ocasiones son los hermanos o los primos mayores los que hacen posible el andar por un "barrio" que se va haciendo, a medida que se crece, cada vez más extenso.

El hecho de pasar buena parte del día en el espacio público caracteriza a la infancia y la juventud de los sectores más pobres del barrio. Lo habitan en ese andar, conociendo lugares y conociéndose. En ese transitar, también se hacen cuerpo las distancias sociales, cuando la atención de los niños se dirige a las casas de mayor porte, con portones eléctricos, o cuando la mirada, tanto de ellos como de los adolescentes, se dirige a motos o autos nuevos, a los cuales —o junto a los cuales— se toman fotografías. Los espacios de vida se amplían caminando con otros, pero en el mismo proceso no sólo se recorren distancias mayores, sino que también se abren nuevos espacios de sociabilidad.

Conocer el barrio de dentro y de cerca, desde la perspectiva de sus niños y jóvenes, implicó compartir cotidianidad. Las conceptualizaciones de Ulf Hannerz (1993) nos permitieron avanzar sobre la comprensión del uso y la construcción de los tiempos, los espacios y los circuitos, construyendo una tipología de los distintos papeles

que las personas desempeñan.¹⁵ Teniendo en cuenta, por un lado, los espacios por los que los niños y los jóvenes del barrio transitan cotidianamente, y por otro, las actividades que allí realizan, esbozamos nuestra clasificación distinguiendo cinco ámbitos. En cada uno de ellos, incluimos una serie de lugares y actividades realizadas por los niños y los jóvenes del barrio:

1. **Ámbito institucional:** las escuelas, la "casita", copas de leche, comedores, iglesia y templo.
2. **Ámbito doméstico o de parentesco:** casa propia y de familiares.
3. **Ámbito de aprovisionamiento:** casas o comercios donde van a pedir alimentos o trabajar (cuidar niños, limpiar, cortar pasto, cuidar caballos), la casa propia o de familiares o amigos, y las copas de leche o comedores.
4. **Ámbito de recreación:** las propias casas, la de amigos o familiares; espacios públicos como la plaza, las veredas y las esquinas; instituciones, espacios donde juegan, escuchan música, andan en bicicleta, pescan o cazan palomas entre otras actividades. En algunas oportunidades, con mayor frecuencia en la adolescencia y la juventud, van a la playa del Río de La Plata o al centro de la ciudad.
5. **Ámbito de vecindad:** se desarrolla entre la cuadra y zonas más o menos distantes de la casa propia, dependiendo de la edad, y configura gran parte de la vida en el barrio.

Esta clasificación nos permitió mapear los espacios, las acciones y el tiempo en que se desarrollan. Esto posibilita, a su vez, identificar la multiplicidad de prácticas que se realizan, los diferentes actores y marcos regulatorios con que interaccionan, y registrar los límites en los accesos, los desplazamientos y los saberes sobre el barrio y la ciudad. En el cruce entre prácticas de investigación y

15. El autor formula las nociones de "repertorio de papeles", para dar cuenta de los tipos de participaciones situacionales e intencionadas que realizan las personas durante su vida, e "inventario de papeles", para referir a la totalidad de tipos de participaciones que se presentan entre miembros de una comunidad o una sociedad. Ambos conceptos le permitieron realizar, para el caso de la ciudad occidental moderna, una distinción entre cinco dominios o ámbitos, cada uno de los cuales contiene numerosos papeles: 1) doméstico y de parentesco; 2) de aprovisionamiento; 3) de recreación; 4) de vecindad, y 5) de tránsito.

de participación en una organización social,¹⁶ construimos los datos que permitieron formular la anterior clasificación y desde la cual nos situamos para conocer.

Para los adolescentes, en el cruzarse con otras personas, parecería que se juega el lugar que cada uno tiene en el barrio. Lugar en términos de posiciones, fama, prestigio y reconocimiento. Hay una diferencia de género marcada en algunas formas de transitar la calle entre mujeres y varones adolescentes y jóvenes. En los varones, habría una interpretación en términos de construcción de masculinidad a partir de territorios de dominación. El cuerpo adopta un tono de alerta, la postura es erguida, se eleva el volumen de la voz, y se va por la calle ocupando un amplio espacio, en el intento de que sean los vehículos los que se corran y no el peatón. Pueden ir arrojando piedras a distintas cosas, o golpeándose entre ellos en un juego de manos y patadas que los hace reír, insultar y avanzar con complicidad. Si se cruzan con chicas, les silban o dicen cosas, en general con comentarios inscriptos en seducciones que incluyen frases sexuales explícitas o palabras que nombran la posesión que se quiere hacer sobre la mujer, en un imaginario de expresión de los deseos que ellos suponen ellas tienen, y también sobre diacríticos de belleza por ellos valorados. Cuando no son de su agrado, se los hacen saber. Por su parte, las

16. En el caso de la colega que trabaja con jóvenes, Mariana Chaves, había sido miembro de "la casa de los niños", coordinadora de una actividad artística recreativa durante tres años, pero no hacía investigación en ese territorio. Fue con posterioridad, en 2010, cuando, al iniciar como acción político-social el emprendimiento "Casa joven B.A.", decide trasladar su referente empírico a este mismo territorio, en coincidencia con el estudio de jóvenes en condiciones de pobreza que había iniciado un año antes. Uniendo de esta manera el territorio de intervención con el de investigación, y proponiendo, además de la etnografía y las entrevistas, estrategias de construcción de datos en espacios colectivos con las y los adolescentes y jóvenes. En el caso de Celeste Hernández, su incorporación al espacio de biblioteca de "la casa de los niños" se realizó en paralelo al inicio de su investigación (fines de 2008), pensando desde el principio en la doble tarea de ingresar al barrio y contactar a los niños desde este lugar, y al mismo tiempo realizar trabajo comunitario como forma participar en procesos de restitución de derechos. La tercera autora de este capítulo, Josefina Congolani, es miembro del equipo de investigación, pero no ha participado de las tareas en las organizaciones que aquí se describen. Nuestro doble papel de investigadoras y activistas construyó un formato de antropologías "voluntarias" o, según desde donde se nos nombre, militantes sociales con mirada etnográfica. Esto ha posibilitado aportes recíprocos entre una y otra tarea, que sólo podemos escindir analíticamente y que nos ha llevado a algunas reflexiones político-científicas y metodológicas (Bover *et al.*, 2011; Chaves *et al.*, 2011). En la nota al pie que sigue, se explican las "casas" de bebés, niños y joven.

chicas los ven venir y parecen prepararse para escuchar, sin saber si será a favor o en contra de su imagen femenina. Su tono muscular se tensa, pero creando algunas veces una representación de timidez: bajan la cabeza, los miran de reojo. En otros casos, miran a alguno en particular, sonríen o se mantienen altivas, pasando a su lado como si ellos no estuvieran ahí. Las prácticas de cortejo están llenas de vericuetos comunicacionales, desencuentros de señales o concordancias. Los cruces son múltiples en el espacio barrial, se continúan en las escuelas –porque van a la misma o porque van a las puertas de otra para verse–, en las "jodas"¹⁷ que hacen en las casas, o en las salidas a bailes o bares.

El atardecer le imprime otra dinámica al barrio. Al bajar el sol, los más chicos comienzan a preocuparse por regresar a casa: "se está haciendo de noche", repiten mientras apuran el paso. Varias tardes en su casa, Darío (8 años) nos señalaba la ventana para indicar que anochece y, por lo tanto, que tendríamos que regresar a nuestras viviendas. Los temores asociados a la oscuridad, que se profundizan en las zonas en que el alumbrado público está ausente, limitan el uso del espacio, que va quedando gradualmente vacío. Hacia la hora de la cena, los niños y los adolescentes tienen que estar en su casa. Ese mismo anochecer, que para ellos significa meterse adentro, para otros habitantes del barrio marca el inicio del estar afuera: da comienzo al tiempo de la ocupación de la esquina por varones jóvenes más grandes que los que participan de nuestra investigación (en general, mayores de 18 años). Ese lugar, cruzando la calle de la casa de Darío, es donde se juntan "los pibes de la esquina", y son foco de atención de quienes conviven cotidianamente con ellos. Permanecen hasta la noche conversando, observando el movimiento de la calle, fumando o consumiendo alcohol. Sus prácticas son centro de atención de quienes viven en las proximidades, y se generan interacciones que son tematizadas en los relatos. Los adultos, como los niños y otros jóvenes, los conocen por sus nombres, muchos de ellos "nacieron en el barrio" y, al igual que para otras personas, muchos de los vecinos pueden contarnos la red de parentesco en la que se inscriben, conocen sus lugares de residencia y están al tanto de sus acciones. En una combinación de miedo y respeto, la mayoría

17. Joda: en Argentina y Uruguay, significa diversión. En el caso de los y las jóvenes, se circunscribe, según este contexto de enunciación, a juntarse en una casa con amigos, escuchar música, beber y bailar.

evita intercambiar con ellos palabras o miradas, pero su presencia no pasa inadvertida.

El discurso de la seguridad emerge en relación con estos jóvenes de la esquina en dos formatos: como protección y como peligro. Para este último caso, Mirta (31 años), mamá de 7 hijos, relata su deseo en relación con “la seguridad de los muchachos que se juntan en la esquina, eso me gustaría que el día de mañana cambiara”; alega que “no es buen ejemplo para los chicos chiquitos”, y argumenta que “uno tiene que estar explicándole a los hijos qué hacen, qué no están haciendo, que por qué, si está bien o está mal, tenés que estar vigilando”. Su comentario se amplió con el relato de una serie de robos a viviendas vecinas en ausencia de sus propietarios, y el cuidado que debían tener para evitar que sus casas quedaran solas, bajo la hipótesis de que habían participado “los de la esquina”. Otro vecino contó las peleas por los robos y las amenazas que continuaban vigentes sobre los jóvenes, de parte de hombres adultos cuyos hogares habían sido violentados supuestamente por ellos. Por otro lado, el formato de la protección se torna visible en el discurso de otra mamá, Griselda (28 años), quien afirma que, a pesar de que “son juntas malas” para sus hijos, “los pibes esos que paran en la esquina los hacen respetar a los chicos. Ponele, las nenas, que nadie les venga de otro lado a decirles nada, que nadie se pase porque ellos enseguida lo ubican al que se pasó”. En esta forma de utilizar el espacio público, también vislumbramos la cuestión de la dominación territorial masculina, que se menciona para otra situación en párrafos anteriores.

La presencia de “jóvenes grandes” en la esquina, a diferencia de otras situaciones en que personas pertenecientes a diferentes grupos etarios comparten un mismo lugar, pone en evidencia un conjunto de representaciones y valores para los que todos tienen una narración elaborada: sobre el uso del tiempo, la comercialización y el consumo de drogas y alcohol, el trabajo, las relaciones de género y la productividad de los sujetos. Muchos adultos lo hacen colocando a estos jóvenes en un tiempo-espacio-acción alejado de las proyecciones para sus hijos: es el lugar al que no hay que ir, en el que no hay que estar, y mucho menos “terminar ahí”. Para algunos jóvenes más chicos, estos “viejos” representan lo que no se quiere hacer mañana, si es que se reconocen prácticas delictivas en ellos; pero, si no, se los asocia a una proyección de futuro que será salir de trabajar, volver al barrio, tomarse una cerveza con los amigos, fumar unos cigarrillos, charlar, “joder un rato” y luego ir a dormir para “laburar” de nuevo al otro día.

Los límites de la casa

Cierta gramática del espacio separa simbólicamente la casa y la calle como si fuesen dos dominios de sentidos opuestos de intimidad, afectos y relaciones personales, por un lado, y por otro, aquellos ordenados por los decretos, las leyes y las relaciones impersonales. Varios autores han discutido sobre este par categorial (Da Matta, 1997; Magnani, 1998; Da Silva Mello y Vogel, 2007), pero sobre todo han mostrado que se trata de términos relacionales, y su definición es contextual. Agregaremos que, además, resultan insuficientes en tanto no alcanzan para nombrar algunas dinámicas de la construcción de los límites de “la casa” observadas en nuestro estudio.

Las dimensiones de la vivienda en contexto de pobreza son menores, comparadas con las casas del modelo de familia de clase media y alta, símbolo sinónimo de la pertenencia a la modernidad capitalista. No hay un espacio dormitorio para cada integrante, o para separarlos por grupos de edades o género, como propone la cartografía hogareña de la moral hegemónica. Como tampoco, en general, hay un espacio de comedor, cocina y living separados, como sí los hay en las imágenes televisivas y publicitarias. La vida cotidiana, puertas adentro de la casa suburbana en la pobreza, transcurre en un intenso estar juntos, en un verse y rozarse permanente, donde la *intimidad* se construye con marcas materiales diferentes de las de viviendas de otros sectores sociales. Los lugares donde el otro no puede entrar, no puede tocar o no puede mirar pueden estar señalados por lo que hay dentro de un cajón o una caja, o un límite construido por una cortina, por un ropero o por la disposición misma de los muebles. Esto lleva a que, si sólo reconocemos las paredes como fronteras espaciales, no distinguiremos las diferencias, y cometeremos el error de estar parados en lugares equivocados; por ejemplo, los que corresponden, o no, a las visitas.

Un análisis etario de las regulaciones del espacio al interior de la casa indica que las personas con una jerarquía menor en la organización familiar, por ejemplo, los hijos, y entre hermanos, los más chicos, deben principalmente acatar la distribución del espacio (y el tiempo) que se les ofrece. Algunas veces, esto es causa de conflictividad, por la resistencia a través de distintos mecanismos de protesta o transgresión, con los cuales se disputan los límites espaciales y temporales, y en ello, los límites del gobierno del otro.

Actividades como limpiar la vajilla, lavar y colgar la ropa, hacer las tareas escolares, jugar, o sentarse con las visitas a conversar y

tomar mate, se realizan muchas veces –si el clima lo permite– en los espacios *por fuera* de las paredes de la vivienda, pero se sigue *dentro de la casa*. El uso de este espacio *intermedio* entre casa y calle, junto a la cercanía entre las viviendas, habilita a que, mientras se vive la *intimidad* del hogar, sea posible observar, escuchar y conocer la vida de algunos vecinos, del mismo modo que se es observado y escuchado. Esta misma dinámica es la que ocurre adentro de las paredes, si el punto de vista lo colocamos en las relaciones entre edades y géneros. Al crecer, se intentará una ocupación del espacio, una toma de decisiones sobre el tiempo y un uso del propio cuerpo y las acciones que se realizan, cada vez más autónomos. Para ese proceso, se vuelve generalmente atractivo estar “afuera” (no es de todos modos posible homogeneizar), jugar en las veredas, la calle, reunirse en una esquina, ir a la plaza y salir de la casa. O quedarse dentro, pero en lo posible solo.

Un rasgo sobresaliente de la espacialidad de los niños, diferente de la de adolescentes y jóvenes, es el lugar central que ocupa la cuadra donde se ubica su vivienda y la de sus pares. Si bien gran parte de su tiempo transcurre en el espacio público, las casas son lugares de referencia, cuyos límites parecen redibujarse a partir de su continuo entrar y salir, poniendo en tensión la dicotomía casa/calle (Thomassim, 2007). El espacio de la calle es donde se encuentran con sus amigos y con la posibilidad de entretenerse fuera de la mirada de sus cuidadores (aquí sí hay coincidencia entre los más chicos y los más grandes).

En el corrimiento de los límites, según sea la situación, la casa no se desdibuja para todos ni todo el tiempo. El ingreso está socialmente regulado. Los límites simbólicos de la vivienda señalan a quienes están habilitados o no a pasar de la calle a la casa. La posibilidad de atravesar la puerta de ingreso, el alambrado, el cerco o el borde dependerá de las confianzas, las redes de relaciones y los conflictos que eventualmente puedan existir entre los residentes y sus visitantes. Para niños, adolescentes y jóvenes, también rigen tales pautas, pero se flexibilizan, sobre todo para los más chicos. En ocasiones, las relaciones entre adultos pueden influir en las viviendas que son visitadas por los NNAyJ, pero también éstos se vinculan entre ellos según su propio criterio. Esto se acentúa de forma conflictiva para los adolescentes y los jóvenes que no cumplen con los imperativos que se les indican sobre el tipo de persona con el cual estar (la famosa “mala junta” declarada por los padres).

Pareciera que, al crecer, no sólo se amplía la superficie del espacio material de la experiencia, como mencionamos en la sección

anterior, sino que paralelamente se trazan con más fuerza los límites de la casa, al reconocerse con más claridad las posibilidades de dónde entrar/salir. Además de las edades, este proceso adquiere un formato diferencial por género. Aunque entre los NNAyJ con los que trabajamos no se marquen grandes diferencias en los permisos para usar el espacio de la casa y del afuera, en las conversaciones con sus cuidadores (madres, tía, entre otros), se pone de manifiesto una idea de lo femenino vinculada al hogar y de lo masculino a la calle. Griselda (28) hablaba de una de sus hijas: “Ella es... ay, no sabés lo que es... ella es re activa. Aparte hace todas cosas de varón, le gusta jugar a la pelota, le gusta salir, va, viene, es así ella, toda tremenda”. La tradicional y vieja dicotomía “mujer en el espacio doméstico y hombre en el espacio público” se reactualiza reproduciendo jerarquías en la autonomía de los y las jóvenes en relación con el uso del espacio, el tiempo y el control de los cuerpos, produciendo a lo masculino con mayor autonomía geográfica que lo femenino.

Un punto interesante para sumar al análisis de los límites de la casa es prestar atención a los ruidos y las conversaciones que se esconden, o que se dicen sin importar quiénes estén presentes. El tipo de vivienda de las familias más pobres, sus materiales y su distribución hacen que en la casa las conversaciones sean mayoritariamente compartidas por los que están presentes. En la comparación con estudios sobre sectores medios y altos, se identifican diferencias en torno a la segmentación por edades sobre lo posible/descable de escuchar y las formas de comunicación intrafamiliar, así como se encuentran similitudes interclase en los vínculos de “incomunicación” (según el decir de los padres) entre adolescentes y jóvenes con los adultos (Chaves, 2011). En la sociedad hegemonizada por los valores burgueses, se ha avanzado en una paradoja donde, a la segmentación por edades de lo posible de decir y escuchar, se le ha superpuesto una indiferenciación etaria a través de la masificación de productos culturales que permiten un consumo multietario por un lado, y de la entrada, también masiva, de algunos “nuevos integrantes de las familias”: la radio, la televisión e Internet, por el otro.¹⁸

Tanto en el caso de las mediaciones tecnológicas como en los dichos en la casa, se abre la posibilidad de circulación de informaciones

18. Sobre esta discusión, es recomendable el artículo de Cristina Corea “*Los Simpson o la caída del receptor infantil*” (1999).

y palabras entre personas de distintas edades. Estas enunciaciones parecieran tensionar los límites etarios de lo que se puede o no escuchar, decir, compartir, saber, opinar, divulgar. Independiente de los sentidos que cada actor, en relación con sus experiencias de vida, pueda otorgar a lo escuchado, la disponibilidad de información ocurre, y aquí nos interesa en tanto enciende interrogantes por la construcción de las alteridades etarias. Por un lado, porque hablaría de un modo de crianza donde los límites no necesariamente siguen un modelo de regulación que se flexibiliza al aproximarse a la adultez a través de una propuesta de gradualidad de contenidos (así funciona, por ejemplo, la escuela). Por otro lado, porque, aunque los significados varíen entre quien enuncia y quien escucha (entre otras cuestiones, por la edad de los sujetos involucrados), las palabras pueden ser apropiadas/repetidas por NNAYJ, generando preguntas por su sentido e incorporándolas a su repertorio. A partir del análisis de las explicaciones dadas por los adultos en distintas situaciones y ante diferentes interlocutores, puede identificarse una regulación de lo decible/escuchable en términos de regímenes de lo adecuado, explicitando de esta manera un determinado orden moral. Otro elemento a analizar es que las frases que circulan vehiculan sentidos que tienen efectos sobre las relaciones en el barrio. Pueden, por ejemplo, desencadenar peleas entre vecinos y familiares, o incluso intervenciones sobre las familias desde instituciones estatales u organizaciones sociales, cuando el contraste entre modos diferentes de conceptualizar infancias, juventudes, familias o modos de crianza entra en disputa.

Permisos y transgresiones: tiempo y espacio como eje de la alteridad etaria

En esta sección nos interesa, a través de la observación de los permisos y las transgresiones de los NNAYJ, profundizar en el espacio como un campo en el que se produce el “proceso mismo de construcción y disputa de alteridades etarias” (Kropff, 2011). Se trata del análisis de los conflictos por la regulación del tiempo y el espacio para definir, afianzar o discutir el tipo de relaciones entre edades (jerarquías, autoritarismos, capacidades de agencia). Ejemplificaremos con dos formas en que lo visibilizamos, y que funcionan como dos caras de una misma moneda: por un lado, cuando se imponen prohibiciones de uso de determinados espacios y tiempos como forma

de castigo por transgresiones realizadas, y por el otro, cuando se delimita con espacios y tiempos lo que es posible hacer.

El discurso de los que están a cargo de los más chicos –adultos, a veces jóvenes– contiene muchas marcas espaciales y temporales para indicar las fronteras de lo permitido, lo tolerable y lo prohibido. “Hasta acá llegaste” es una forma expresiva del punto máximo de lo tolerable. “No te pases de la raya” dibuja preventivamente el acercamiento a lo que no será permitido. “Te quedás sin salir” es palabra de castigo. “Volvé antes que se haga de noche” indica la temporalidad del permiso. “Andá a jugar, pero que yo te vea” construye el espacio sobre el que puede moverse. “Andá mal en la escuela, así que no puede salir” revela cómo, de un incumplimiento en un ámbito de la vida, se traspone un castigo a otro ámbito. Estas dinámicas no tienen novedad, son antiquísimas en los modos de crianza y las estrategias de socialización de la sociedad hacia sus nuevos miembros en todas las clases sociales. Nuestro aporte es utilizarlas para comprender la construcción de la estructura etaria y de género, y el tipo de relaciones que se establecen.

En el barrio, los límites del territorio autorizado para que los niños circulen en soledad o en compañía de otros niños de su edad se superponen aproximadamente con la cuadra, y se extienden a otros puntos donde se ubican las instituciones que frecuentan o donde se sabe que hay algún vecino o pariente. Si quieren “irse para otro lado”, los niños se ven obligados a volver a su hogar y “pedir permiso”. Diariamente nos encontramos con situaciones de niños y jóvenes amenazados o castigados. Generalmente, las amenazas giran en torno a los lugares a donde ellos tienen permitido ir, considerando como parámetro la lejanía o la cercanía de la propia vivienda. En la adolescencia y la juventud, son mayormente varones quienes pasan prácticamente todo su tiempo libre en la calle junto a otros pares. Por lo tanto, prohibir la salida del hogar es uno de los castigos más frecuentes. Las mujeres, que se encuentran muchas veces más escolarizadas que los varones, permanecen menos tiempo que ellos en la calle. En este caso, el comportamiento “no deseado” para las mujeres se vincula a las salidas con determinadas personas. Ellas son más vigiladas en cuanto a la compañía, el miedo de los padres es mayor, y por lo tanto se las controla más. El recurso utilizado por las jóvenes para transgredir, muchas veces, es la mentira.¹⁹ En

19. Las mismas situaciones han sido registradas por otros investigadores en trabajos con sectores sociales semejantes (Artinano, 2009; Silba, 2011).

algunas ocasiones, la regulación de la espacialidad de niños y jóvenes, negando permisos para ir a determinados lugares en ciertos horarios, tiene como objetivo restringir los vínculos que el uso de los espacios habilita.

Una amenaza recurrente, cuando hay reincidencia en las transgresiones, consiste en proponer un traslado territorial a mayor distancia mientras más grande se considere la falta: “te voy a mandar a vivir con tu hermana” (en otro barrio) o “te mando al Chaco” (provincia de origen). El traslado a las regiones de origen de la migración familiar, donde hay parte de la familia extensa, ha sido registrado exclusivamente para adolescentes y jóvenes varones, y se funda en la dificultad de evitar que se reúnan con pares no deseados por sus padres o realicen prácticas vinculadas con el consumo y la comercialización de drogas, el robo, inasistencia o negación de ir a la escuela o situación de no trabajo. Cualquiera de ellas, o bien el entrecruzamiento de varias, llevan a la aplicación de este castigo excepcional. Esta medida última, adoptada por los cuidadores para que se respeten las normas establecidas, contribuye, en todos los casos encontrados –pero podría ser justamente lo inverso–, a una mejora en la economía doméstica, al reducir el número de integrantes del hogar, ya que el individuo saliente, por distintos motivos, no realizaba aportes en esta economía familiar.

Permisos o negaciones, retos, amenazas y castigos se presentan como modos de regular el comportamiento de niños y jóvenes pero, en tanto se aplican muchas veces sobre sus posibilidades de vivir el espacio, constituyen también elementos reguladores de su espacialidad, de su temporalidad, y de las relaciones que éstas habilitan. Funcionan como soportes materiales de mecanismos de control destinados a moldearlos como sujetos sociales, apuntalando la interiorización de normas y valores, y al mismo tiempo habilitando la capacidad de agencia del sujeto.²⁰ La edad aparece entonces como uno de los criterios organizadores de la vida social de NNAYJ en el barrio, junto a la clase y el género. Cada uno de estos clivajes puede ser pensado en términos de diferenciales de poder, donde un grupo, en este caso niños, adolescentes, jóvenes, en otros mujeres, varones o minorías étnicas o migrantes, ocupa un lugar de subordinación. El cruce de estas categorías da lugar a una intersección (Lugones, 2008) que moldea una espacialidad.

20. Entendemos la agencia en el sentido de Butler (2002).

Palabras de cierre

La edad se construye en parte como dato social en la materialidad de los desplazamientos realizados, y la autonomía del sujeto se hace palpable en la distancia espacial y temporal que se logra en relación con otros sujetos (sobre todo, si se trata de aquellos con los que establece relaciones de dependencia; ejemplos: madre, maestro). Según la ubicación en el sistema de grados de edad para nuestros interlocutores, salir del barrio involucra alejarse de las cuadras que son habitualmente vividas, ir al centro o desplazarse a otra localidad. En uno u otro caso, tal posibilidad tiene lugar en compañía de alguien unos años mayor, ya sea hermano, primo o tío, que, sin ser necesariamente adulto, ya ha pasado por la experiencia y conoce cómo hacerlo. Ésta es una característica relevante de su socialización, y uno de los modos en que saberes y valores circulan y se instituyen.

La geografía de niños y jóvenes se moldea además en diálogo con los criterios de quienes están a su cargo y, si bien muchas veces los límites espaciales son respetados, en ocasiones también son transgredidos. Al usar los espacios permitidos o prohibidos, obediendo o subvirtiendo lo establecido, ellos negocian sus infancias y sus juventudes a partir de las interacciones con pares, personas de otros grupos etarios y con los lugares andados, creando determinadas espacialidades (Lopes Jader y Vasconcellos, 2005; Muniz Figueiredo Costa, 2010).

A lo largo de este trabajo, hemos intentado dar cuenta de diversos modos en que la edad y el espacio se interrelacionan en una construcción mutua. Entendemos que lo dicho es particular para el caso concreto de los NNAYJ con que trabajamos. Y ello es así en vistas de su posición social en la interseccionalidad que crean la clase, la edad, el territorio y el género. Sabemos que, si esta posición moldea la experiencia, las mismas situaciones pueden ser significadas de diversos modos, dependiendo de quién las vive. La relación entre niños de diversas edades, y sus jóvenes hermanos o parientes, limita y habilita espacialidades compartidas que, de diversas maneras, y nunca linealmente, moldean modos de ser niños y jóvenes. En ello se juega una característica del grupo de personas con que trabajamos, en tanto gran parte de su cotidianidad no transcurre en espacios formalmente separados por y para grupos/grados de edad.

Bibliografía

- ARTINANO, N. (2009), *Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza en el inicio del siglo XXI*, tesis de maestría en Trabajo Social, Facultad de Trabajo Social-UNLP. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/2104/Documento_completo.pdf?sequence=1 (fecha de consulta: 14 de noviembre de 2012).
- BOURDIEU, P. (1999), *La miseria del mundo*, Barcelona, Akal.
- BOVER, T., M.C. HERNANDEZ, M. CHAVES y M. SPERONI (2011), "Distancias: investigación etnográfica y militancia social con niños/as y jóvenes", en *Actas electrónicas IX Reunión de Antropología del Mercosur*, Curitiba, 10 al 13 de julio. Disponible en: http://www.sistemasmart.com.br/ram/archivos/ram_GT03_Lic_Tomas_Bover.pdf (fecha de consulta: 15 de noviembre de 2012).
- BUTLER, J. (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Buenos Aires, Paidós.
- CHAVES, M. (2009), "Barrio y centro en La Plata: dinámicas generacionales y biográficas de apropiación del tiempo y el espacio", *VIII Reunión de Antropología del Mercosur*, Buenos Aires, inédita.
- (2010), *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*, Buenos Aires, Espacio.
- , R. SECURA, J. INFANTINO, M. BLANCO, E. BERGE, T. BOVER, M.C. HERNANDEZ, F. FAJARDO, D. GIORGETTI, S. SOLER, M. MUTTIVERRIA, S. FUENTES y S. MORA (2011), "Ética, compromiso y política en la producción de conocimiento", en *I Coloquio Internacional de Investigación Cualitativa "Investigación cualitativa. Logros, perspectivas, problemas y desafíos: Hacia una propuesta institucional"*, 9 y 10 de junio, Buenos Aires, CEIL-PIETTE-Coniect/UBA/UNLP.
- (2014 en prensa), "Jóvenes entre el centro y la periferia de la ciudad, del Estado y de la academia", *Cuadernos de Políticas Sociales Urbanas*, UNTREF.
- COREA, C. (1999), "Los Simpson o la caída del receptor infantil", en C. Corea e I. Lewkowicz, *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*, Buenos Aires, Lumen-Humanitas.
- DA MATTA, R. (1997), *A casa & a rua*, Río de Janeiro, Rocco.
- DA SILVA MELLO, M.A. y A. VOGEL (2007), "Cuando la calle se transforma en casa: algunas consideraciones sobre *habito et diligo* en el medio urbano", *Cuadernos de Antropología Social*, N° 25, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-UBA, pp. 29-49.
- DE CERTEAU, M. (2000), *La invención de lo cotidiano I*, México, ITESO.
- EVANS-PRITCHARD, E.E. (1977), *Los nuer* (1940), Barcelona, Anagrama.
- FERES, J.C. y X. MANCERO (2001), "El método de las necesidades básicas insatisfechas (NBI) y sus aplicaciones en América Latina", *Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos*, N° 7, Santiago de Chile.
- GUTIERREZ, A. (2007), "Herramientas teórico-metodológicas de un análisis relacional para los estudios de la pobreza", *Global Theme Issue on Poverty and Human Development*, Council of Science Editors (CSE). Disponible en: <http://www.councilscienceeditors.org/globalthemeissue.cfm> (fecha de consulta: 8 de noviembre de 2012).
- HALL, S. (1997), *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán-Lima-Quito, Envión Editores-IEP-Instituto Pensar-Universidad Andina Simón Bolívar.
- HANNERZ, U. (1993), *Exploración de la ciudad*, México, FCE.
- HERNANDEZ, M.F., M. CHAVES, C. CHIMELARO, A. CLEVE, G. DUARTE y A. QUINTEROS (2010), "Pequeña ciudadanía: tensiones entre el derecho abstracto, las políticas públicas y la vida cotidiana de adolescentes en el B.A.", en *Actas Electrónicas VI Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, diciembre.
- INDEC (1984), "La pobreza en la Argentina", *Serie de Estudios INDEC*, N° 1, Buenos Aires.
- JAMES, A.; C. JENKS, y A. PROUT (1998), *Theorizing Childhood*, Cambridge, Polity Press.
- KROPPF, L. (2011), "Apuntes conceptuales para una antropología de la edad", *Avá. Revista de Antropología*, N° 16, pp. 171-187.
- LINDON, A. (2005), "Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias", en R. REAYLLLO y M. GODOY (eds.), *Ciudades y translocales: espacio, flujo, representación*, México, ITESO-SSRC.
- (2006), "Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial", en P. Ramírez Kuri y M. Aguilar Díaz (coords.), *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, México, Anthropos.
- LUGONES, M. (2008), "Colonialidad y género", *Tabula Rasa*, N° 9, julio-diciembre, Bogotá, pp. 73-101.
- MACANANI, J. (1998), *Festa no pedaço: cultura popular e lazer na cidade*, San Pablo, Hucitec, 2ª ed.
- (2002), "De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 17, N° 49, pp. 11-29.
- MERKLEN, D. (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Gorla.

LOPES JADER, J.M. y Tânia de Vasconcellos (2005). *Geografia da infância. Reflexões sobre uma área de pesquisa*, Juiz de Fora, FEME.

MUNIZ FIGUEIREDO COSTA, B. (2010). *Crianças e suas geografias: processos de interação no meio técnico científico-informacional*, Programa de Pós-Graduação em Educação, abril, Niterói. Disponible en: <http://geografiadainfancia.blogspot.com> (fecha de consulta: 12 de noviembre de 2012).

ORTNER, S. (2005), "Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna", *Etnografías Contemporáneas*, año 1, N° 1, pp. 25-54.

SEGURA, R. (2010). *Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, IDES, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, inédita.

SILBA, M. (2011). *Vidas plebeyas: cumbia, baile y aguante en jóvenes del Conurbano Bonaerense*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Facultad Ciencias Sociales-UBA, inédita.

THOMASSIM, L.E. (2007). "Imagens das crianças da periferia em projeto sociais esportivos", en M.P. Stigger; F.J. Gonzáles y Da Silveira R. (orgs.), *O esporte na cidade*, Porto Alegre, UFRGS.

EPILOGO

De cerca y desde adentro: la mirada etnográfica

José Guilherme Cantor Magnani

La línea maestra que de cierta forma hilvana los capítulos de este libro puede ser identificada en el análisis del incidente relatado por María Celeste Hernández, Josefina Cingolani y Mariana Chaves en el comienzo de "Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes" de esta compilación: la decepción del investigador francés a medida que entraba, junto con ellas, en el barrio de la periferia de la ciudad de La Plata, donde desarrollaban su trabajo:

- "No es como me lo imaginaba [...], no es un barrio pobre".
- "¿Qué imaginabas?"
- "Una villa [...], casas apiñadas, pasillos, madera, chapas, superpoblación, hacinamiento".

Fue preciso explicarle que sí era un barrio pobre, pero no una villa miseria, según el estereotipo corriente sobre la situación de pobreza urbana en Latinoamérica. Más aun, en términos de construcción y habitabilidad, desde una mirada más de cerca, lo que se podía observar allí era una variedad de soluciones: algunas casas con paredes de mampostería y techos de chapas o de tejas, al lado de casas de madera, sin baldosas en el piso; otras con baño adentro de la vivienda, completo –ducha e inodoro–, algunas sólo con retrete, la mayoría con agua por medio de cañería declarada o sin declarar, etc.

A partir de la constatación de esa variedad de soluciones, en lo que se refiere a la vivienda en aquella situación específica del referido capítulo, me gustaría extenderla a otras situaciones descritas en el libro, ampliando su alcance a un dominio más general: el de las

reglas y los principios ordenadores de la sociabilidad, del uso y de la apropiación del espacio público, de los regímenes de negociación, etc., constitutivos de la red de relaciones que organiza el cotidiano en el contexto urbano. En la actitud del investigador extranjero, que explicitó una visión estereotipada al identificar, sin más, pobreza, villa miseria y exclusión social, no hay espacio para percibir y apreciar la presencia de esas reglas; todo se reduce a una perspectiva homogeneizante.

Dicha mirada, sin embargo, no es exclusiva de observadores de afuera. Es muy común, por ejemplo, en la sucesión de noticias sobre ciertos eventos, como manifestaciones de protesta con enfrentamientos callejeros, casos de violencia urbana, atraso de trenes y hasta inundaciones después de fuertes lluvias, la elaboración de reportajes con énfasis en el supuesto caos que rige en las grandes metrópolis contemporáneas, principalmente de los países del llamado tercer mundo o, según el eufemismo corriente, “emergentes”. Esta visión, por otra parte, no es exclusiva de materias periodísticas, sino que se encuentra también en análisis académicos.

En mi libro *Da periferia ao centro: trajetórias de pesquisa em antropologia urbana* (2012), agrupé los abordajes más corrientes que encaran el fenómeno urbano contemporáneo desde el enfoque del caos y señalé algunas consecuencias de esas visiones. En primer lugar, se pueden distinguir aquellos análisis, y respectivos diagnósticos, que responsabilizan a factores estructurares por las deficiencias del sistema de transporte y saneamiento básico, subempleo, déficit de viviendas, aumento de los índices de polución y la violencia. Por otro lado, algunas lecturas describen escenarios marcados por rupturas en el plano de la sociabilidad en función de avances tecnológicos que vuelven obsoletas formas de comunicación y convivencia tradicionales: en este caso, el caos es “semiológico”.

Aunque por diferentes razones, ambas perspectivas —aquí polarizadas a efectos comparativo— conllevan a conclusiones similares en términos de cultura urbana: deterioro de espacios y equipamientos públicos con la consiguiente privatización de la vida colectiva, segregación y evitación de contactos, confinamiento en ambientes y redes sociales restringidas.

Tomándose en conjunto ese debate, lo que se observa es, en primer lugar, la ausencia de los actores sociales y de su participación en el cotidiano de la ciudad, que es vista como una entidad distinta de sus habitantes: resultado de fuerzas económicas transnacionales,

de las elites locales, de *lobbies* políticos, intereses inmobiliarios y otros factores de orden macro, parece un escenario desprovisto de acciones, actividades, puntos de encuentro, redes de sociabilidad.

En verdad, no es propiamente la ausencia de actores sociales lo que llama a atención, sino la referencia al papel determinante de un cierto tipo de agente. En algunos análisis, por ejemplo, la dinámica de la ciudad es acreditada de forma directa y sin mediaciones al sistema capitalista: cambios en el paisaje urbano, propuestas de intervención (planeamiento estratégico, recualificación, *gentrification*) —algunas, inducidas por el poder público o en colaboración con el sector privado— no pasarían de ser adaptaciones a las fases del capitalismo, que es erigido, en calidad de variable independiente, como la dimensión explicativa última. En este caso, cuando aparecen actores sociales, son los representantes del capital y de las fuerzas del mercado: financieristas, agentes del sector inmobiliario, inversores privados.

En cambio, los habitantes propiamente dichos, aquellos que, en sus múltiples redes, formas de sociabilidad, estilos de vida, desplazamientos y hasta divergencias, constituyen el elemento que, en definitiva, le da vida a la ciudad, no aparecen, y cuando esto ocurre, es de forma pasiva: son los excluidos, los expoliados. Algunos de esos estudios, además, incluso presuponen una imagen de la vida pública cuyo prototipo es la ciudad de la Alta Edad Media europea, o aun la ciudad-Estado antigua, cuya centralidad era simbolizada y garantizada por algunas instituciones que dominaban el espacio público. En ciudades como Buenos Aires, San Pablo, e incluso La Plata, por ejemplo, no hay una sino varias centralidades y, en lugar de procurar un único principio de orden que sostiene la dinámica de la ciudad en su totalidad, más acertado sería intentar identificar esas diferentes centralidades y los múltiples ordenamientos que en ellas —y a partir de ellas— ocurren.

Dichas ciudades no pueden ser consideradas sencillamente como aglomerados urbanos que crecieron en demasia y de forma desordenada; de ahí los problemas y las distorsiones. Su escala y su tamaño imponen cambios en la distribución y la forma de los espacios públicos, en las relaciones con el espacio privado, en el papel de los espacios colectivos y en las diferentes modalidades por medio de las cuales los agentes (habitantes, visitantes, trabajadores, funcionarios, sectores organizados, segmentos excluidos, “desviados”, etc.) usan, se apropian y se insertan en cada una de esas formas de relaciones espaciales.

Ciertamente, habría que preguntarse si el ejercicio de la ciudadanía, de las prácticas urbanas y de los rituales de la vida pública no tiene, en el contexto de las grandes ciudades contemporáneas, otros espacios. Para esto, se hace necesario buscarlos con una estrategia adecuada: es la propuesta de la antropología por medio del método etnográfico. La presencia de inmigrantes, visitantes, residentes temporales y de minorías; de segmentos diferenciados respecto a la orientación sexual, necesidades especiales, identificación étnica o regional, preferencias culturales y creencias; de grupos articulados alrededor de opciones políticas y estrategias de acción contestatarias o propositivas, y de segmentos marcados por la exclusión. Toda esa diversidad induce a pensar no en términos de fragmentación o de multiculturalismo difuso, sino en la posibilidad de sistemas de inter-cambios de otra escala, con asociaciones hasta entonces impensables, permitiendo arreglos, iniciativas y experiencias de distintos matices.

Evidentemente, no se pueden negar todos aquellos problemas señalados en los diagnósticos con base en los grandes números, comprobados también por la experiencia cotidiana de la gente en las grandes ciudades contemporáneas; ni, por supuesto, los intereses de las corporaciones transnacionales y de las elites locales en la instancias decisorias sobre el ordenamiento urbano y su influencia en el deterioro de la calidad de vida de gran parte de la población.

Sin embargo, la pregunta que queda es: ¿eso es todo? ¿Dicho escenario agota el abanico de las experiencias urbanas? ¿No sería posible llegar a otras conclusiones, develar otros planos cambiando este foco de análisis, de lejos y desde afuera, por otros métodos e instrumentos de investigación, como los de la antropología? Es aquí donde entra la mirada de cerca y desde adentro, propuesta para dar inicio a la percepción de los patrones de comportamiento, no de individuos aislados, sino de los múltiples, variados y heterogéneos conjuntos de actores sociales cuya vida cotidiana trascurre en el paisaje de la ciudad y depende de sus equipamientos.

Esa alternativa, que aparece y es citada en varios capítulos de este libro, es lo que permite identificar, a partir de distintos modos de vida de los habitantes de la ciudad, una variedad de reglas de convivencia, de uso, valoración y apropiación del espacio público, no necesariamente consensuales. El conflicto está presente, las lógicas pueden ser diferentes, pero no por ello se pierden en una supuesta anomia. Es lo que las distintas investigaciones de este libro demuestran en sus capítulos. En el primer artículo, "Aparecer, bailar

y actuar en la ciudad: modos de ser punks, breakers y cirqueros", no obstante el carácter supuestamente marginal de esas prácticas frente a manifestaciones canónicas y hegemónicas del arte —en razón, entre otras, de la apariencia considerada "fea y rara" de los punks por ejemplo, o de actitudes de transgresión—, ocupan espacios, dejan sus huellas, conforman circuitos en el tejido urbano y, de cierta forma, establecen nuevas modalidades de marcar diferencias —y, por qué no, de expresar descontento frente al *status quo*—.

Y si, en el artículo siguiente, "Trayectos y trayectorias urbanas de jóvenes en Buenos Aires: territorios y moralidades en juego", es la presencia de jóvenes de clase alta y media, las chicas del CUBA, y la de estudiantes de la escuela de formación de la Policía Federal, con sus estrategias y sus juicios de valor sobre los respectivos trayectos por la ciudad lo que está en evidencia, en "¿Fuera de lugar? (In)visibilidades, conflictos y usos del espacio público", es el estigma sobre "la banda de la frazada" lo que no les da a esos chicos del barrio el "derecho al anonimato". Y, por fin, en "Barrio, territorio y movimientos sociales: la construcción juvenil en el Frente Popular Darío Santillán", es el carácter más político, con sus *impasses* y alternativas, lo que sobresale en el análisis.

No me pareció adecuado retomar en detalle, o por tema de investigación, o hacer un resumen de lo tratado en cada capítulo, puesto que se perdería justamente la riqueza de cada etnografía, bien desarrollada en los respectivos textos. Lo que importa —una tarea quizás para más adelante— sería señalar y resaltar los puntos de contacto de esos temas en diferentes ciudades, no solamente en La Plata, Buenos Aires y San Pablo, sino también en otras más, como por ejemplo en las ciudades medias de la Amazonia, más precisamente en las orillas a lo largo del río Solimões, uno de los actuales recortes empíricos de investigación del Núcleo de Antropología Urbana de la Universidad de San Pablo (USP). De este modo, se lograría ampliar un provechoso intercambio institucional y caminar hacia una antropología de la ciudad, en sus múltiples escalas, poniendo a prueba las categorías de análisis por medio de creativas etnografías en la ciudad como muestra este libro.

No está de más reiterar que dichas categorías —*pedaço*, *mancha*, *trayecto*, *círculo*, *pórtico*— fueron sacadas del uso de sentido común y corriente como categorías nativas, pero que, elaboradas teóricamente y articuladas en un conjunto, permiten describir la dinámica de los actores sociales en el tejido urbano: a partir de sus

pedaços, donde el vínculo es de pertenencia entre iguales, ellos recorren trayectos que nada tienen de aleatorio, sino que, reconocidos y reiterados, conforman manchas y circuitos más amplios en el paisaje urbano.

A mi juicio, las regularidades que subyacen en los principios ordenadores de la sociabilidad, del uso del espacio público, de los regímenes de negociación, etc., constitutivos de la red de relaciones que organiza el cotidiano en el contexto urbano –al que hice mención en el inicio de este epílogo–, sólo logran ser develadas por la mirada “de cerca y desde adentro” que caracteriza a la aproximación etnográfica, lo que las investigaciones de este libro claramente comprueban. Por el contrario, la perspectiva “desde afuera y de lejos”, por sí sola, no va más allá de instancias macroeconómicas o demográficas, entre otras, que no tienen en cuenta justamente la trama de lo cotidiano. La postura etnográfica, sin la pretensión de descartar otras perspectivas –al contrario, sumándose a ellas–, podrá contribuir, desde su especificidad, a una mejor comprensión del complejo fenómeno urbano contemporáneo en sus distintas escalas y contextos históricos.

Sobre los autores

Elena Paz Bergé nació en la Capital Federal el 5 de septiembre de 1981. Licenciada en Antropología (Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP) y doctoranda en Ciencias Sociales (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP). Ayudante diplomada de la cátedra Antropología Social 1 y docente del seminario “La cuestión juvenil: teorías, políticas y debate público” (Facultad de Trabajo Social, UNLP). Moderadora de la Red de Investigadores en Juventudes Argentina. Investigadora del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECYS-FTS-UNLP). Se especializa en el estudio de las relaciones entre juventudes y estilos culturales.

Tomás Bover nació en la ciudad de La Plata en 1983. Licenciado en Antropología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP). Doctorando en Antropología Social en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES-UNSAM). Becario de Investigación de la UNLP. Miembro del Grupo de Estudios en Políticas y Fuerzas de Seguridad (IDES-UNQ) y del Grupo de Estudio en Juventudes (FTS-UNLP).

Mariana Chaves nació en la ciudad de La Plata en 1968. Es licenciada en Antropología y doctora en Ciencias Naturales, orientación Antropología, de la UNLP. Investigadora del Conicet. Dirige proyectos de investigación en UNLP y UNTREF. Es profesora en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, y en la Facultad de Trabajo Social de la UNLP. Directora interina del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad, FTS-UNLP. Miembro de la organización social “Obra del Padre Cajade”, en el emprendimiento social “Casa Joven B.A”. Ha publicado *Jóvenes, territorios y complicidades*.

Una antropología de la juventud urbana (2010, Espacio Editorial). Además ha coordinado *Estudios sobre juventudes en Argentina 2007* (2009, EDULP) y *Políticas de infancia y juventud. Producir sujetos y construir Estado* (2013, Espacio Editorial).

Josefina Cingolani nació en la ciudad de La Plata en 1986. Es licenciada en Sociología por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Becaria de la Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires (CIC) y doctoranda en Ciencias Sociales (FACHE, UNLP).

María Florencia Fajardo nació en la ciudad de Mar del Plata en 1981. Es licenciada en Antropología por la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la UNLP. Actualmente cursa el Doctorado en Ciencias Sociales (FACHE, UNLP), y trabaja en educación a nivel universitario y terciario. Forma parte del Centro de Estudios para el Cambio Social. Desde hace tiempo, está vinculada con movimientos sociales a partir de la organización de la juventud y de la educación popular.

Sebastián Gerardo Fuentes nació en la ciudad de Córdoba en 1980. Licenciado y profesor de Filosofía. Magister en Ciencias Sociales, con mención en Educación. Becario doctoral del CONICET, investigador del Programa Educación, Conocimiento y Sociedad, área Educación, Flacso-Argentina. Investigador-docente en la UNTREF.

Carlos María Galimberti nació en la ciudad de La Plata en 1986. Licenciado en Sociología (FACHE-UNLP). Maestrando en Políticas de Desarrollo (FACHE-UNLP). Becario de la Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires (CIC). Docente de la Universidad Nacional de Quilmes.

Daniel Giorgetti nació en la ciudad de Bahía Blanca en 1961. Es licenciado en Historia (UNS), magister en Ciencias Sociales (Flacso) y doctor en Ciencias Sociales (UBA). Se desempeña como subsecretario de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), donde también desarrolla tareas como profesor-investigador en la carrera de Relaciones del Trabajo. Dicta clases en Flacso (sede Buenos Aires) y en posgrados de la Facultad de Ciencias Económicas y la Facultad de Derecho (Universidad de Buenos Aires). Trabajó en organizaciones de la sociedad civil y como consultor en el Ministerio

de Educación de Argentina. Realizó publicaciones en temas de educación, participación juvenil, historia y ciencias sociales.

María Celeste Hernández nació en la ciudad de Salta en 1983. Estudió Antropología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP. Es becaria del Conicet y actualmente está cursando el doctorado en Antropología Social (IDAES-UNSAM). Es docente en la cátedra de Antropología Social I, de la Facultad de Trabajo Social, UNLP.

Julieta Infantino nació en la ciudad de Buenos Aires en 1976. Profesora y licenciada en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires, y doctora con orientación en Ciencias Antropológicas por la misma Universidad, en la que también se desempeña como docente. Investigadora (CONICET). Ha integrado diversos equipos de investigación vinculados al estudio de la cultura popular, el folklore y el patrimonio, así como a la cuestión juvenil y la antropología urbana. Publicó libros, compilaciones y artículos en revistas académicas nacionales e internacionales, y se especializa en el estudio de las relaciones entre juventudes, artes y políticas culturales.

Jose Guilherme Cantor Magnani es profesor titular del Departamento de Antropología de la Universidad de San Pablo (USP). Máster en Sociología por Flacso (Chile), concluyó su doctorado en Ciencias Humanas (Antropología Social) en la Universidad de San Pablo en 1982. Defendió su tesis de libre-docencia en 2010 y de titular en 2012, en la misma universidad. Publicó numerosos artículos, capítulos de libros y libros. Recibió el premio Erico Vanucci Mendes CNPQ-SBPC 1989. Se desempeña en el área de Antropología, con énfasis en Antropología Urbana. Es coordinador del Núcleo de Antropología Urbana de la USP (<http://www.n-a-u.org>), de la revista electrónica del núcleo PONTO. URBE (<http://www.pontourbe.net>) y de la colección Antropología Hoje (Nau/Editora Terceiro Nome).

Ana Sabrina Mora nació en La Plata en 1973. Licenciada en Antropología y doctora en Ciencias Naturales, orientación Antropología (UNLP). Jefa de Trabajos Prácticos de la cátedra Antropología Sociocultural II (FCNyM, UNLP). Investigadora del CONICET. Coordinadora del Grupo de Estudio sobre Cuerpo, investigadora e

integrante del Consejo Asesor del Centro Interdisciplinario Cuerpo, Educación y Sociedad (Cecis-IDIHCS-UNLP/CONICET).

Ramiro Segura nació en Balcarce en 1975. Licenciado en Antropología (UNLP) y doctor en Ciencias Sociales (UNGS-Ides). Realizó una estancia posdoctoral en la Freie Universität (FU) de Berlín. Actualmente es investigador del CONICET y profesor en la Universidad Nacional de La Plata y en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Es coeditor de los libros *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (Prometeo, 2009) y *Segregación y diferencia en la ciudad* (Flacso, 2013).